

Colonia San José, renovada por la Fe

Tierras pampeanas, tierras pobladas por inmigrantes, tierras trabajadas con tesón por personas que confiaban en Dios pero que ponían todo su esfuerzo para forjarse un futuro. Esto es Colonia San José allá por 1910.

Colonos ruso-alemanes se establecieron en La Pampa llenos de esperanza y Fe buscando sacar frutos de esas tierras vírgenes. ¡Cuánto trabajo, cuánta desolación bajo polvorientas jornadas! En las chatas rusas salían presurosos cuando oían las campanadas de la vieja capilla llamando para la Misa, esa Fe los mantenía firmes y unidos. Así surgieron numerosas vocaciones sacerdotales y religiosas que fueron y son grandes misioneros al servicio del pueblo.

Esa vieja capilla, con el paso de los años, fue usada para reuniones porque ya en un terreno aledaño se erigió un bello templo de estilo neoclásico alemán, con una torre de 23 metros de altura que eleva el espíritu hacia Dios. Se inauguró un 8 de mayo de 1927 bajo un repique fervoroso de campanas y miles de farolitos encendidos que dieron al pueblo, durante la noche, el aspecto de una ciudad encantada.

Los años pasaron inexorablemente, los primeros pobladores dieron paso a nuevas generaciones que buscaron su destino en otros lugares, hoy, en Colonia San José hay muy pocas casas habitadas por muy pocas personas. Parece un pueblo fantasma, sus calles desoladas sólo reciben el paso del viento que remolinea levantando polvillo, los altos eucaliptos se mueven como queriendo llamar al conductor distraído que pasa por los caminos vecinales, las hojas amarillentas vuelan libremente porque no hay nadie que las atrape, las cotorras danzan felices de rama en rama sin que ninguna gomera las derribe.

Todo este paisaje solitario se ve alterado por la llegada de miles y miles de personas el 1 de mayo de cada año: la fe en San José es la principal convocatoria. Acuden de pueblos vecinos y de lugares distantes desde horas tempranas, con mate, reposeras, tortas y el corazón palpitante por tanta emoción. Llegan al Santuario con un sin número de pedidos y acción de gracias, algunos en autos, otros en colectivo, un grupo ruidoso con trajes apropiados en moto y muchos osados en bicicletas. También se ve

mucha gente que cumpliendo alguna promesa o simplemente por amor llegan caminando.

Cuántos rostros alegres por algún reencuentro, cuántas lágrimas en algunos ojos tristes por la pérdida de un familiar, cuántas caritas de niños felices por un día compartido al aire libre, cuántos ojos asombrados ante tanta multitud en aquel lugar solitario del norte pampeano.

De pronto las viejas campanas que tantas veces reunieron a los colonos alemanes comienzan a resonar y la gente se aglutina en las viejas puertas de madera para entrar a esa antigua iglesia que tiene en su retablo una imagen grande, imponente de San José con el niño Jesús en brazos. Todas las miradas se fijan en él y mientras avanzan silenciosos por ese elegante pasillo con lámparas de araña de finísimos cristales vuelven a resurgir las peticiones de salud, trabajo, unión familiar, fortaleza en las dificultades e infinitos agradecimientos.

En el patio sobresalen dos fuertes y longevos robles y bajo su amplia sombra se arman rondas de amigos y familiares que comparten sus vivencias mientras saborean las ricas tortas rusas, los niños juntan las bellotas que caen de los árboles para quién sabe qué picaresca travesura y la naturaleza toda canta las maravillas del Padre Dios Creador.

Colonia San José, ese pujante lugar de alemanes que luego se volvió un pueblo fantasma es ahora centro de Fe y regocijo de miles de fieles que llegan atraídos por el Patrono de los Trabajadores y por la paz que allí se experimenta.